

SEGUNDA OPORTUNIDAD

M.I. Andrade



Image not found.

Capítulo 1

SEGUNDA OPORTUNIDAD

Era incansable en la repetición de sus palabras: "Nunca te subas al coche de una persona desconocida o poco conocida o conocida sospechosa". "Nunca abandones tu bebida en un lugar lleno de personas desconocidas o conocidas sospechosas". Apenas tenía 11 años, más tarde supe que su desconfianza estaba bien justificada.

Nunca me quedó claro lo de "persona conocida sospechosa", pero daba exactamente igual, porque siempre hacía lo contrario de lo que me aconsejaba aquella mujer que me quería de una forma incondicional, aquella mujer que hubiera dado su vida por mí sin pensárselo ni un segundo. Aquella mujer a la que me arrebataron cuando apenas tenía 13 años.

Me encontraba amordazada y abandonada en el maletero de un coche, o eso creía yo. Intenté recordar cómo demonios había llegado a ese lugar y a esa situación, pero mi cerebro se empeñaba en no responder a mi pregunta. Intentaba mover los pies, pero me resultaba sumamente difícil; tenía la sensación de tenerlos metidos en cemento armado, algo extraño de imaginar cuando en ningún momento de mi vida ninguna parte de mi cuerpo había entrado en contacto con ese material.

Intenté mover las manos y tuve la misma sensación. ¡Maldita sea! - pensé- ¡Seguramente me han drogado! ¡Han paralizado mi cuerpo y ahora podrán hacer lo que quieran conmigo! ¡Qué estúpida que he sido, sólo tenía que hacer caso a los consejos de mi madre! ¡Ojalá tuviera una segunda oportunidad para decirle lo sabios que eran sus consejos! ¡...y que la quiero con toda mi alma!

No podía pensar. Sólo era capaz de recordar los buenos momentos y a las buenas personas que había conocido en mi vida. Sentía picor, pero no podía rascarme. Mis lágrimas rodaban y mojaban mis ojos y mis mejillas, pero no podía secarlas. Mi cerebro estaba tan agotado, que poco a poco caí en un profundo sueño.

Y al despertar la oscuridad seguía arropándome sin más. Oí un ruido y pasos acercarse cada vez más. Mi corazón se aceleraba sin poderlo evitar. Había llegado mi hora y no estaba preparada para ese final. El maletero del coche se abrió.

- Querida Elisa, ha llegado la hora de la verdad.

Me quedé petrificada. Era la voz de mi mejor amiga. Era una de las buenas personas en las que había estado pensando. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Era acaso una conocida sospechosa? La miré con espanto.

- Tranquila querida, no te voy a comer... por lo menos no yo. ¡Ja, ja, ja, ja!

Iba acompañada de un hombre enorme. Me cogió y me acomodó en su hombro como si fuera una alfombra. Mis ojos estaban pegados a su espalda, así que no podía ver hacia dónde me llevaba.

Se paró, sacó unas llaves de su bolsillo, introdujo una de ellas en una cerradura y abrió una puerta. Me sentó en el suelo. Me había llevado a una habitación pequeña y cuadrada. Las paredes eran tan blancas que me deslumbraban al mirarlas, aunque quizás tuviera algo que ver la luz brillante que había alrededor del techo, cuatro líneas rectas que formaban un cuadrado. Como mobiliario, enfrente de la puerta había un tocador y una silla con algo encima.

- Te voy a quitar el esparadrapo de la boca y las ligaduras de tus manos y pies. Si gritas volveré a ponértelo y te dejaré un recuerdo de tu mala decisión.

Mi amiga había desaparecido, estaba sola con él. Asentí para que me desatara y dejara mi boca en libertad. Me quitó el esparadrapo y esperó a ver si gritaba. Preferí mantener mi promesa y no grité. Me desató.

- En 10 minutos recuperarás tu cuerpo por completo, el efecto de la droga ya ha pasado. Quiero que te pongas la ropa que hay en la silla. Vendrán a por ti en media hora, si no te has vestido, te vestiré yo. Supongo que no querrás eso. ¿Lo has entendido?

- Sí -dije con temor- Me ha quedado muy claro. ¿Vais a matarme?

- ¡Qué manía tenéis todas las personas en preguntar siempre lo mismo! Si te portas bien no te ocurrirá nada. Me voy que es tarde. Tienes media hora.

Me quedé horrorizada. No podía moverme. ¿Que qué manía teníamos las personas en preguntar siempre lo mismo? ¿Cuántas personas le habrían hecho aquella pregunta?

Me levanté como pude y empecé a mover mi cuerpo, no me había dado mucho tiempo para la tarea que tenía por delante, no en esas condiciones.

Cogí la ropa y la miré. Era un uniforme escolar. Un uniforme como el que había llevado en mis años de instituto. ¡Qué horror! ¡Tantos años guardando mi secreto y, ahora, alguien lo había descubierto! ¿Por qué?

Me vestí y me senté en la silla. Al verme reflejada en el espejo, todo volvió a mí. ¡No es justo -pensé-, hace tiempo que soy una buena persona! Picaron a la puerta y entró una mujer de mediana edad. Llevaba el pelo recogido de una manera descuidada y unas gafas colgaban de su cuello con una cadena dorada. Era lo único que daba color a toda ella, ya que su vestimenta era la más lúgubre que había visto jamás.

- ¡Enhorabuena! Eres la que más "Me gusta" ha tenido.

- ¿Más me gusta? ¿De qué está hablando?

- ¿Cómo que de qué estoy hablando? Has sido seleccionada para el concurso.

- ¿Seleccionada? ¿Para un concurso? ¿Qué concurso? ¿Y cómo me han seleccionado?

- Alguien nos ha enviado tu historia. La comprobamos y la sometimos a votación.

- ¿Mi historia? Nadie me ha preguntado si quería participar.

- La participación es obligatoria. Nuestros invitados e invitadas pagan mucho por el concurso. Ahora date prisa, las personas que te van a juzgar están a punto de deliberar. Vamos.

Salimos de la habitación y recorrimos un pasillo largo. Conforme íbamos avanzando se oían vítores de desprecio. ¿En qué concurso iba a participar? Nos detuvimos delante de unas enormes cortinas de color azul eléctrico, unas cortinas que separaban el lugar en el que nos encontrábamos de un escenario.

- A continuación veremos a Teresa, presentada por su mejor amiga como una persona despreciable y manipuladora. Su prueba es el suicidio de una compañera en el instituto: ¡Teresa la empujó a quitarse la vida!

Se abrieron las cortinas y la mujer que me acompañaba me empujó al centro del escenario. Los vítores de desprecio que se filtraban

por mis oídos eran insoportables. Empecé a sangrar.

- ¡Silencio! No queremos que su castigo sea tan rápido. Además, nuestro deber es darle a elegir, sino seremos tan despreciables como ella.

Se hizo un silencio. Alguien se acercó y me limpió la sangre. Estaba asustada y miraba estupefacta a todas las personas que había allí. ¿Cómo podían conocer mi pasado? ¿Teresa? Nadie me había llamado así desde que dejé el instituto. Había borrado minuciosamente todas las pruebas que me conectaban a él. Incluso había adoptado otra identidad. Había cambiado, no me merecía ese juicio, si de eso se trataba. Me senté en el suelo y empecé a llorar.

- Tus lágrimas no te van a salvar. La decisión que tomes ahora, quizás lo haga.

- ¿Cómo te declaras, Teresa? -preguntó la que hasta ese momento consideraba mi mejor amiga.

- ¿Por qué me haces esto? No soy Teresa, me llamo Elisa. Tú me conoces mejor que nadie. Nunca he traicionado tu amistad, siempre he estado ahí cuando me has necesitado. No entiendo nada.

- ¿No entiendes nada? ¡Mentirosa! ¡Tú mataste a mi mejor amiga!

- ¿A tu mejor amiga? ¡Oh! ¡Tú eres Sílvia!

- ¡Sí! Qué te crees, ¿que sólo tú eres capaz de cambiar de identidad? Cuando te encontré cambié mi nombre y mi aspecto. Fue fácil engañarte.

Me hablaba con tanto desprecio que me hundí por completo.

- Yo ... deja que te explique ... yo no quería que pasara eso ... yo no le dije que saltara ... He pagado mi culpa ... Ahora soy otra persona.

- ¿Y crees que eso me devolverá a Aurora? ¡Yo la quería!

- ¡Al foso con ella! -gritaban desde el público- ¡No merece una segunda oportunidad!

- ¡Silencio! -gritó la persona que me había limpiado la sangre. Ha llegado el momento de que decidas: volver al pasado y demostrar arrepentimiento o ser juzgada. Si el veredicto es de culpabilidad pagarás con tu vida. Si te absuelven, cosa poco probable, podrás regresar a la vida

que te has inventado.

- ¿Volver al pasado? No entiendo ...

- Si eliges volver al pasado tendrás 24 horas para evitar el incidente. Debes evitar que tu yo del pasado te vea, si eso ocurre volverás aquí inmediatamente y serás juzgada. Tampoco puedes contar a nadie quién eres.

- Quiero volver al pasado.

- Está bien, ¡ESA ES TU DECISIÓN!

Me desperté con un dolor insoportable de cabeza. A mi lado había un reloj. Eran las nueve de la mañana. Me toqué la frente. Pero, ¿qué? - pensé- ¡Tengo flequillo! Me toqué el pelo. ¡Menuda cabellera tenía! ¿En serio no había estado soñando? Me pellizqué. Me hice daño. ¿Qué más había cambiado en mí? Me levanté de un salto, necesitaba encontrar un espejo. ¿Dónde estaba? El lugar me resultaba familiar. Parecía un granero. Oí voces en el exterior y pasos que se dirigían hacia la puerta, así que me escondí.

- ¡Vamos, entra, que nos van a pillar!

Esa voz me resultaba familiar, saqué un poco la cabeza para poder ver de quién se trataba. Era la voz de Pedro, mi novio del instituto! y, ese día nos habíamos saltado las clases para ir a nuestro lugar secreto. ¡Claro que me sonaba el lugar! Tenía que salir de allí sin que me vieran. Si me veía mi yo del pasado, estaba perdida. Tenía mucho que hacer y sólo disponía de 24 horas. Cuando me disponía a moverme, (Pedro y mi yo del pasado se estaban besando, por lo que no repararían en mí) me di cuenta que no había cogido el reloj. Si todo aquello era real, necesitaba saber en cada momento las horas que me quedaban, así que tenía que recuperar aquel reloj. Pero, ¿cómo podía hacerlo? Si me acercaba a coger el reloj, me verían, así que decidí salir fuera y hacer que salieran. Subí muy despacio para que no me oyeran a la parte de arriba del granero. Una vez arriba salí por la ventana, me cogí a la polea y bajé poco a poco. Miré a mi alrededor y vi una piedra. No tenía un plan, cogí la piedra, la tiré contra la puerta y me escondí. Mi yo del pasado no podía arriesgarse a que la encontraran en aquel lugar, si su padre se enteraba le pegaría una paliza monumental. No veía la hora de cumplir los 18 y escapar de él. Abrieron la puerta poco a poco. Primero salió Pedro, comprobó que no había nadie y llamó a mi yo del pasado. Se fueron corriendo, seguramente a casa de Pedro, sus padres volvían por la tarde.

Entré de nuevo en el granero y cogí el reloj. Tenía que buscar a Aurora y hablar con ella. Podía ir al instituto, mi yo del pasado no estaba allí, no me encontraría con ella. Eran las 10.45 de la mañana, podría entrar a la tercera clase. Corrí al instituto, si llegaba más tarde de las 11.00 no me dejarían entrar. Entré en clase y me senté en mi sitio. Miré al final de clase, donde se sentaba Aurora, y allí estaba. La impresión hizo que se me erizara cada pelo de mi cuerpo. Cuando me disponía a levantarme e ir hacia ella, entró el Sr. López, el profesor de lengua.

- ¡Teresa! ¿Usted no estaba enferma?

- Sí, señor López, pero me encontraba mejor y he decidido venir. No quería saltarme su clase.

- ¿Quiere usted contagiar a todo el instituto? Según la llamada de su padre, no podría venir a clase durante unos días para evitar contagiar a nadie.

- Sí, tiene usted razón, pero el médico se equivocó, no es contagioso -dije lo más convincente posible.

- Está bien, venga conmigo. Llamaremos a su padre para que nos lo confirme.

- ¡No! Mi padre está muy ocupado. Mejor voy al médico y le traigo una autorización firmada. Iré con mi padre, claro, esta tarde cuando vuelva de trabajar. ¡Ya me voy!

Salí de clase y del instituto, rezando para que no llamaran a mi padre. Este incidente podría cambiar toda mi vida. Quizás no podría huir y me quedaría atrapada para siempre en ese lugar. Pero ... ¿y si me habían enviado de vuelta con ese propósito? No. Tenía que evitar la muerte de Aurora, costara lo que costara.

No me quise arriesgar a que me viera el Sr. López de nuevo por el instituto, esperé a que acabaran las clases y seguí a Aurora sin que me viera. Cuando estuvimos a una distancia prudencial salí de mi escondite y la llamé. Cuando me vio, miró en todas direcciones, debía de buscar a la persona que siempre iba conmigo cuando la incordiaba. Al no verla salió corriendo, supongo que si la hubiera visto, hubiera hecho lo mismo. Fui detrás de ella hasta que la alcancé. Estaba asustada.

- No quiero hacerte daño -le dije.

- Sería la primera vez. ¿Dónde está tu ... novio?

- Estoy sola. Quiero hablar contigo. -Empezó a sonar un ruido infernal- ¡Espera! ¡Maldito reloj! ¿Quién ha puesto una alarma?

Aurora había huido aprovechando mi despiste por la alarma. Habían pasado 5 horas y media y no había conseguido nada. Estaba claro que si me acercaba a ella con la pinta que tenía, creería que era mi yo del pasado y no iba a conseguir que confiara en mí. Tenía que cambiar mi aspecto. Pero, ¿cómo? Iría a casa. No habría nadie, mi yo del pasado estaba con Pedro.

Entré con mucha cautela. Cuando me hube asegurado de que la casa estaba vacía, subí a la que había sido mi habitación. Me quité el uniforme del instituto y me puse una camiseta y unos tejanos. Me hice una coleta, cogí unas tijeras y ... oí como se abría la puerta de la calle. Alguien subía por las escaleras. La puerta de la habitación se abrió de golpe.

- ¿Qué demonios haces aquí? ¡Me han llamado del instituto!

Nunca había visto a mi padre de aquella manera, tenía los ojos desencajados, se abalanzó sobre mí para pegarme. Todavía tenía las tijeras en la mano, sin pensarlo dos veces se las clavé en el pecho. Mi reacción lo dejó perplejo. Mientras caía al suelo, le gritaba:

- ¡Yo no soy Teresa! ¡No puedes hacerme daño!

Salí corriendo de la casa. Llevaba las manos y la camiseta llenas de sangre. ¿Qué había hecho? Había vuelto para evitar una muerte y acababa de provocar otra. ¿Me enviarían de vuelta y me juzgarían? Cerré los ojos esperando lo peor. No pasó nada. ¿Qué le pasaría a mi yo del pasado? Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no vi la bicicleta. Rodé por el suelo.

- ¿Estás bien?

- Sí, tengo que irme.

- Pero, estás sangrando.

- Oh, no es nada -levanté la vista y la vi. No era mi sangre, estaba bien, pero me dio la excusa perfecta para hablar con ella. Era Aurora la que me había atropellado.

- ¡Eres tú! ¡Me estabais persiguiendo! ¿Cómo puede ser? ¿Dónde

está tu novio?

- Oye, estoy sangrando por tu culpa, siento mucho lo que te hayamos podido hacer, necesito hablar contigo. Vamos, puedes curarme en tu casa.

- ¿En mi casa? Crees que me fío de ti? Además, ¿cómo te has podido cambiar de ropa tan rápido?

- Está bien. Salgamos de aquí, viene alguien.

Nos escondimos al otro lado de la carretera. Llegaron Pedro y mi yo del pasado. Aurora me miró. Vi terror en sus ojos.

- ¿Quién eres tú? ¿Por qué eres igual que ella?

- Tenemos que irnos, no me pueden ver.

- Yo contigo no voy a ninguna parte.

- ¿Prefieres que te encuentren?

- Iré contigo si me prometes contármelo todo.

- Prometo contarte casi todo. Vamos.

Le hablé de lo que había pasado en casa de Teresa, y también de todas las palizas que había recibido de su padre. Desde que murió su madre, se había ensañado con ella. De su larga espera para escapar al cumplir los 18 años y empezar una nueva vida. Durante aquella confesión todo el rencor que había acumulado Aurora hacia Teresa, se fue transformando en perdón. Cuando me despedí de Aurora, le hice prometer que no le hablaría de mí a nadie. Me dio su palabra y me marché. Regresé al lugar en el que me había despertado. Me tumbé y cerré los ojos.

Me desperté de nuevo con dolor de cabeza. Abrí los ojos y observé a mi alrededor. Estaba en una habitación desconocida para mí. De repente me acordé de todo. Salté de la cama y me miré en el espejo. Ya no era una adolescente, y llevaba puesto un pijama. ¿Dónde estaba? En un escenario, desde luego que no. ¿Qué había ocurrido? Entonces reparé en ella. Encima de la cómoda había una foto, aparecíamos Aurora y yo sonrientes, enseñábamos los dedos en señal de victoria.

-¿Qué haces en la cama todavía? Tienes que ayudarme con el

maquillaje.

Me vio con la foto en la mano.

- ¡Vaya, te entró la nostalgia! ¡Te prometo que todo seguirá igual!
-me abrazó- Siempre serás mi hermana.

¿Hermana? -pensé. Me quedé paralizada. ¿Qué estaba ocurriendo?

- ¡Vamos, espabila! No quiero llegar tarde. Es mi gran día.

No pude aguantar la emoción y empezaron a resbalar lágrimas por mis mejillas.

- ¡Oh, vamos cariño, no llores! No me vas a perder. Únicamente viviremos unas calles separadas.

¿Unas calles separadas? -pensé- ¿Qué significaba eso? Me cogió la foto y la miró.

- El último año en el instituto fue increíble. Si alguien me hubiera dicho entonces que acabarías siendo como una hermana para mí, me hubiera reído de ella. Mi madre se sorprendió muchísimo cuando le propuse que te acogiera hasta que cumplieras los 18 años. Luego tú decidirías. Al principio no te trató muy bien, bueno después de todo lo que me habías hecho era comprensible. Pero por fin se dio cuenta de que habías cambiado y merecías una segunda oportunidad. Y con Silvia lo mismo, jamás pensé que se atreviera a dar el paso, tuvo el valor de decirme lo que sentía por mí. Y ... ¡vístete, que vamos a llegar tarde! Ah, la ropa te la he dejado en el vestidor. Y no te olvides los anillos, están en el primer cajón.

Salió corriendo de la habitación. ¿Era ella quien se iba a casar? Si era ella, ¿con quién? La seguí, entré en la habitación en la que estaba vistiéndose.

- ¿Te gusta?

- Estás preciosa. ¡Qué afortunado se sentirá!

- ¿Afortunado? Querrás decir afortunada. Estás más nerviosa que yo, que soy la novia. ¿Me maquillas ahora?

- Sí, vestirme será un momento.

- Venga, me siento en el tocador. Ahí lo tienes todo preparado.

Alcé la vista y allí estaban las dos en una foto, mirándose la una a la otra, enamoradas, llenas de felicidad. Ahora entendía a Silvia, al morir Aurora su vida quedó vacía y la rellenó de odio y venganza hacia mí. Por suerte para todas había sabido aprovechar mi segunda oportunidad.

- ¿Teresa? ¿Te encuentras bien?

La miré llena de felicidad.

- Gracias Aurora. Me has salvado la vida.